

LA VIDA COTIDIANA EN LA CIUDAD DE MÉXICO 1824-1850

Begoña Arteta*

En muchos casos, viajar es abandonar lo cotidiano para ir a encontrarse con lo diferente. Y si hoy en día, aún con toda la información que se tiene sobre el lugar que se a va visitar, no dejan de sorprendernos las diferencias culturales que encontramos –diferencias que en ocasiones gozamos y en otras padecemos– podemos imaginar lo que esto podía significar para aquéllos que, por diversos motivos, tenían la oportunidad de realizar un viaje a un país diferente al suyo en el siglo XIX. Muchos de estos viajes se realizaron para estudiar y revalorar sociedades de la antigüedad y otros muchos para explorar o aventurarse y describir aspectos naturales desconocidos, así como hubo también quienes lo hicieron por intereses económicos y de dominio. El contacto con lo diferente generaba asombros que, en muchas ocasiones, se plasmaron en escritos que son hoy testimonios invaluable para las sociedades visitadas, que se ven descritas a través de la óptica de otras culturas y costumbres.

México, no ya la Nueva España, contó con viajeros que escribieron sobre sus experiencias y que nos permiten recons-

truir una época con la mirada del “otro”, al que le sorprenden aspectos culturales que, generalmente, pasan desapercibidos para los habitantes del país, por ser parte intrínseca de su propia estructura social, de sus costumbres y del entorno físico que los rodea, es decir, de su vida cotidiana.

La capital, conocida también como “la Ciudad de los Palacios” situada en la que alguna vez se consideró la “región más transparente”, por su importancia política, comercial y social, era destino obligado para la mayoría de los visitantes. Habría que subrayar que esta Capital de la que había sido la colonia más rica de España, tenía una sociedad urbana que contrastaba con la mayoría de los habitantes del país, pertenecientes al medio rural. Las costumbres de esa ciudad no variaron significativamente durante los años que comprende la estancia en ella de los viajeros presentados en este trabajo.

Sin guardar un orden cronológico de su llegada, recojo algunas de sus impresiones para destacar lo que tienen en común o en lo que difieren. Dos de ellos son ingleses: William T. Penny, quien según Juan A. Ortega y Medina tuvo una empresa comercial en México durante los años de 1824 y 1826, y Henry George Ward, primer

* Departamento de Humanidades, UAM-A.

representante de Inglaterra y encargado de negocios de S.M. Británica en México, quien permaneció en el país entre 1825 y 1828. La señora Calderón de la Barca (Frances Erskine Inglis), escocesa de origen, casada con el primer ministro plenipotenciario de España en México, escribió sus cartas durante su estancia que comprende desde su llegada en diciembre de 1839 hasta los primeros días de enero de 1842.

Dos norteamericanos: Brantz Mayer, diplomático, primer secretario de la legación norteamericana, quien llega a México en noviembre de 1841 y Albert M. William nombrado cónsul del puerto de San Francisco al que nunca arriba debido a los problemas políticos entre México y su país, su estancia abarca los años de 1843 y 1844.

Un austriaco, Carl Bartholomaeus Heller, botánico, llega con la misión de estudiar y recolectar plantas americanas entre 1845 y 1848, no obstante dejó registrados sus puntos de vista sobre las costumbres del país; y Carl Christian Sartorius, alemán, que se estableció como inmigrante desde 1825, fue dueño de una hacienda en la zona de Huatusco, Veracruz, y quien describe su visión de México hacia 1850.

Aunque el título del artículo es ambicioso, pues una ciudad es tan diversa como cada uno de sus habitantes, invito al lector a hacer un viaje imaginario con los cronistas viajeros, que serán nuestros guías, y que utilizaron la palabra en lugar de los pinceles para plasmar lo que vieron, describiéndolo con sus propios trazos, colores y estilo, esta visión abarca desde 1824 con el establecimiento de la República hasta la década de los cuarenta del siglo XIX.

Para empezar, entraremos a esa ciudad –la que habían admirado desde las montañas por las que descendía el camino que los traía de Puebla hasta la capital– por la

puerta de San Lázaro. Al llegar ahí, los suburbios miserables les causaban la primera gran desilusión, como lo consigna Carl Christian Sartorius, que ve “desperdicios e inmundicias, carroñas de animales y escombros de construcciones [que] se apilan a la entrada de las calles, al lado de las paupérrimas chozas, moradas de astrosos vagabundos o de indios semidesnudos”.¹

Esta impresión se modifica ya una vez dentro de la traza urbana, y, así, Brantz Mayer, al contemplarla desde el balcón de su hotel, la compara con “un tablero de ajedrez, con mayor número de casilleros. Calles derechas que se cortan en ángulo recto y a intervalos uniformes”. Y cuando sube a la torre de catedral nos da la siguiente descripción:

... Vista desde la torre de la Catedral [...] presenta un conjunto de cúpulas, campanarios y casas de techos planos [...] Fuera de las puertas de la ciudad [...] la vasta llanura se dilata por todas partes hasta las montañas, atravesada en algunos puntos por las largas líneas de los acueductos que van de los cerros a la ciudad, y en otros tachonadas de lagos, campos de cultivo y hermosas arboledas, hasta que la vista se pierde en los volcanes cuyas nieves se destacan sobre el azul del cielo, que en esta época del año no empaña ninguna nube.²

Pero hay a quien no le parece tan armoniosa, así, por ejemplo, Albert Guillian,³ manifiesta su desilusión ya que no encuentra en la ciudad la belleza que otros viaje-

¹ Carl Christian Sartorius (1990) *México hacia 1850*, p. 191.

² Brantz Mayer (1953) *México lo que fue y lo que es*, pp. 59-60.

³ Albert M. Guillian (1996) *Viajes por México durante los años 1843 y 1844*, p. 116.

ros tanto habían ponderado, y precisa que las construcciones le parecen pesadas y el conjunto de ellas bastante llano por no haber espacio entre unas y otras, y tener los techos planos. Sin embargo, estas azoteas, diferentes a los tejados de dos aguas a los que estaban acostumbrados, les gustan a casi todos los visitantes, que las encuentran ideales para pasar algunos ratos en las noches.

En lo que todos coinciden es en el azul límpido del cielo, y las noches estrelladas; noches en las que parece que uno “pudiera tocarlas con la mano” como dicen Brantz Mayer⁴ y la marquesa Calderón de la Barca quien dibuja las noches de la ciudad, con las siguientes palabras:

Cada estrella, fulgura, dorada y distinta [...] Aunque para gozar de una verdadera vista de noche tendréis que subir a la azotea, y contemplar a México dormido a vuestros pies; todo el valle y la ciudad misma flotando en el plenilunio; la altísima bóveda azul engastada de estrellas y mientras las montañas se bañan de plata, los blancos volcanes parecen unir tierra y cielo.⁵

En este espacio en el que la pureza de la atmósfera inspiró bellas descripciones a los extranjeros que nos visitaban, transcurría la vida de los habitantes de la ciudad de México. La mayoría de estos viajeros consigna que por las mañanas los despertaba el tañido de las campanas de las muchas iglesias, y es que, como originarios de países pro-testantes, les llama mucho la atención

este repicar al que no están acostumbrados. Y ya despiertos se asombran del movimiento con el que inicia el día; Mayer, por ejemplo, se asoma al balcón del hotel Vergara en el que se hospeda⁶ y comenta:

... las casas tenían las ventanas abiertas; bellas mujeres, oída su misa, volvían presurosas a casa; pasaban monjes viejos metidos en sus hábitos encapuchados; el carnicero arreaba su burro, con su alacena peripatética cargada de carnes de diversas clases; en los patios que columbraba yo al través de los portones entreabiertos veíanse árboles y flores recién abiertas; y en los balcones haraganeaban los madrugadores, saboreando su cigarro después de tomarse su taza de chocolate.⁷

Pero no eran sólo las señoras las que madrugaban para ir a misa, el ruido y las voces provenían de los vendedores ambulantes, que desde muy temprano pregonaban sus mercancías, como el mismo Mayer describe:

... durante la primeras horas de la mañana recorrían las calles los que vendían, carbón, leche, mantequilla, cecina, sebo, petates... Pero otras voces no recorrían las calles de la ciudad, se concentraban en el mercado, en donde mezclados y diferenciados se reunían compradores y vendedores. Estos últimos anunciaban su producto a gritos, los que lo mismo podían referirse a pato

⁴ Brantz Mayer, *op.cit.*, p. 69.

⁵ Madame Calderón de la Barca (1967) *La vida en México, durante una residencia de dos años en ese país*. 2ª ed., traducción. y prólogo de Felipe Teixidor, México, Porrúa, p. 69.

⁶ Eran pocos los hoteles para alojar a extranjeros y todos se quejan cuando los comparan con los de sus países. La costumbre de las clases altas mexicanas era la de ser hospedados en casas de familiares o amigos, y las clases bajas como los arrieros, campesinos, etcétera, se quedaban en mesones y fondas, en donde guardaban sus mercancías y animales.

⁷ Brantz Mayer, *op. cit.*, p. 69.

asado que a cualquier otro guiso de carne, o ser simplemente una invitación a beber pulque, limonada o agua de chía.⁸

Además, al norteamericano Mayer, el mercado le parece una Babel por la mezcla de gritos en español y en las diferentes lenguas indígenas. Y el alemán Carl Bartholomeus Heller coincide con Mayer y piensa que una de las cosas dignas de verse en la ciudad es el mercado de El Volador en donde:

...desde las primeras horas de la mañana –nos dice– es el punto más animado de la ciudad, en donde la gritería de los ardientes mexicanos, los distintos idiomas de los indios, el regateo de compradores y vendedores produce tal ruido que, podría pensarse, que aquí se discute el bienestar de todo el mundo.⁹

También le llaman la atención los productos que, tanto los indios como las indias, llevan por el canal de Chalco hasta el centro de la ciudad.

Este autor explica también a qué se debe el nombre de un lugar que todavía lo conserva en nuestros días, el Paseo de La Viga:

...formado por una doble avenida de bellos árboles y que se extiende bastante lejos hasta el punto en el que el pequeño puente de piedra cruza el canal; de allí toma su nombre el paseo, ya que el cruce de las canoas, que deben pagar allí el impuesto, puede ser impedido por una “viga”.¹⁰

⁸ *Ibid.*, p.10.

⁹ Carl Bartholomaeus Heller, *Viajes por México, en los años 1845-1848*, p. 145.

¹⁰ *Ibid.*, p.146.

Acabamos de mencionar que a los visitantes de cultura protestante les sorprendía el repicar que surgía de los campanarios de las iglesias con el que se marcaban las horas del día, según el oficio religioso correspondiente, pero también les asombraban las campanillas que anunciaban el tránsito de la eucaristía que llevaba un sacerdote, así como el silencio absoluto que se producía a su paso. Sencillamente, no estaban acostumbrados a este tipo de manifestaciones religiosas callejeras, y así describe William T. Penny la que le tocó presenciar cuando apenas llegaba a la ciudad. Dice que, de pronto:

...un súbito silencio en un instante se esparció por todo ser viviente, [...] su compañero un gachupín estaba inclinado sobre la silla y se quitaba el sombrero [...] todos se hincaron, no entendía lo que sucedía, hasta que le explicaron que, ... la ley de la iglesia prescribe que en tanto se oye la campanita la gente debe quitarse el sombrero; todo movimiento y ocupación deben cesar en tanto el carruaje esté a la vista; todo el mundo debe permanecer arrodillado y dos soldados siguen al coche para hacerla cumplir.¹¹

Aunque la población consideraba herejes a los extranjeros no católicos, aún ellos tenían que cumplir con este rito al igual que todos los demás transeúntes. En los Portales de la Plaza Mayor –la Babel de Mayer– le tocó a éste presenciar el cambio de escena que se producía, cuando, de repente:

Sale lentamente un carruaje pintado de vivos colores y con ventanillas por to-

¹¹ Juan A. Ortega y Medina, *Zaguán al México republicano*, p. 88.

dos lados, tirado por mulas moteadas; dentro de él va sentado un sacerdote; a entrambos lados avanza un grupo de muchachos que cantan un himno, en un instante una quietud de muerte invade la plaza entera. Desde el comerciante que vende cintas debajo de los Portales hasta el ratero que apenas tiene tiempo de esconder el pañuelo en su blusa mugrienta, toda la multitud se ha descubierto la cabeza y puesto de rodillas: ¡El Viático va a la casa de algún moribundo!... El carruaje da vuelta a la esquina, y la Plaza recobra su animación, el comerciante se pone a vender, el lépero a robar, y la lección de la muerte cae para siempre en el olvido.¹²

En las calles, las señoras "... más devotas van a misa antes del desayuno y las más perezosas lo hacen a cualquier hora antes de mediodía", dice Penny. Y el mismo autor consigna que estas señoras van de tiendas a pie, pero si se trata de visitar a alguien lo hacen en coche. En cuanto a su atuendo, apunta que visten siempre de negro con medias blancas de seda y zapatos de raso de diversos colores, y acota que sólo unas cuantas con mejor gusto los usan negros. Otra prenda que no falta como parte esencial del vestido es la mantilla. Y tanto a Penny como a otros autores les sorprende que las mujeres no usen sombrero por lo que, como un dato curioso, menciona que a la única mujer que vio con esta prenda fue a una anciana, se trataba de la señora O'Donoghú, viuda del último virrey español.¹³

El norteamericano Mayer, durante su estancia en 1842, menciona también el hecho de que fuera raro ver un *bonnet*, aunque, antes de salir del país, comenta

que empezaban a verse más a menudo. Y años después de lo descrito por Penny, la señora Calderón de la Barca tuvo que cubrirse la cabeza con un velo al visitar la villa de Guadalupe, porque no se permitía llevar sombrero en el interior de las iglesias.¹⁴ Aunque la misma marquesa es la que anota que, en la feria de San Agustín, algunas señoras desfilaban ya ante sus ojos con variados sombreros, incluso extravagantes.

Las diferencias sociales y raciales de los habitantes de la ciudad se hacían evidentes en las actividades que desempeñaban, en el color de la piel y en el vestido. Así, por ejemplo, siguiendo a Sartorius,¹⁵ los españoles se dedicaban a la venta de mercancías al menudeo, y los criollos, además de comerciantes, también eran funcionarios públicos, militares, abogados, terratenientes y monjes; se diferenciaban de los demás por su color y vestido a la usanza europea. Los mestizos llegaban a desayunar al mercado, eran soldados, empleados, rancheros y campesinos, estos últimos usaban indumentaria de cuero, llevaban látigo y sarape colgado al hombro, y sus esposas iban de falda y blusa, y siempre con rebozo complementando el vestido. Los indios se distinguían por sus calzoncillos cortos y anchos de algodón, sujetos a la cadera con un cinturón de una lana burda, por el sombrero de paja y los huaraches. Las indias llevaban su "enredo" sostenido también por una banda, y la parte superior cubierta con un "huipil" que bajaba hasta la rodilla, se peinaban con trenzas, e iban adornadas con vistosos aretes de colores. También había algún mulato, aunque éstos se veían poco en la ciudad.

¹² Brantz Mayer, *op.cit.*, p. 67.

¹³ En Juan A. Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 91.

¹⁴ Marquesa Calderón de la Barca, *op. cit.*, p. 54.

¹⁵ Carl Christian Sartorius, *op. cit.*, p. 119.

En las descripciones de los extranjeros no pueden faltar los personajes “tipo”, como los léperos por los que sentían una especial repugnancia, los arrieros, o los aguadores, que llenaban de agua sus cántaros en las fuentes para ofrecerla en las calles y también para entregarla en las casas. Tampoco escaparon a su observación

...los ‘evangelistas’, habitualmente vestidos con pantalones y chaquetas negras, que bajo los portales ofrecían sus servicios a aquellos que no sabían escribir, e interpretaban los deseos del cliente, componiendo cartas de amor en prosa o verso, invitaciones y felicitaciones.¹⁶

Durante la mañana, las señoras podrían ir o no acompañadas, aunque en general, a esas horas, lo hacían con un criado o un niño, y algo que sorprende a Penny es la familiaridad con la que las señoras interactúan con su servidumbre:

...tengo que informarte, dice, que los criados son tratados con la misma cortesía y deferencia que se debe a los iguales; ellos van caminando al lado de su ama, platicando y fumando a la par de ella, proveyéndose mutuamente de cigarrillos o intercambiándose lumbre, y en sus gustos y opiniones e inclusive pareceres, se ponen de acuerdo sobre las compras que deben realizar...¹⁷

Esta familiaridad con los criados sorprende a los viajeros, al igual que el que no hubiera lugares especiales en las iglesias, en donde todas las clases sociales se mezclaban sin miramiento y no existían sitios comprados,

como sucedía, a pesar de su republicanismo, en muchas iglesias protestantes.

Una costumbre de la que se ocupan todos los autores son las visitas matutinas que hacen las clases media y alta en especial, y lo que más les admira de ellas es su duración. Generalmente estas visitas se hacían entre las once de la mañana y las dos de la tarde y los visitantes podían, incluso, quedarse a comer si no se habían retirado antes de la hora de pasar a la mesa. Mayer dice que en Estados Unidos había llegado a realizar quince o veinte visitas con una dama elegante, pero en México:

Una visita es una visita ...la gente sabe que puede verse, mirarse y decirse dos palabras en la calle; y piensa que sentarse cinco minutos al borde de una silla tiene tan poco sentido común como el quedarse parado en medio de la carretera. Consideran que lo propio en un salón es consagrar mucho tiempo a cambiar opiniones con urbanidad; y tienen a la indiferencia o *aire distraído* o a lo que en otras partes se llamaría *indolencia elegante*, poco menos que por grosería.¹⁸

En 1824, Penny nos ofrece más datos curiosos sobre esta costumbre. Comenta que, a pesar de todas las reverencias y cortesías que son necesarias al entrar y salir de la casa, no hay restricción alguna en cuanto a la forma y las buenas maneras. Así, por ejemplo, las señoras de la casa son las que normalmente reciben a los invitados, sin que les importe para nada su arreglo: “...no se han lavado, peinado ni vestido de modo apropiado.” Además, “los visitantes traen siempre consigo sus propios cigarri-

¹⁶ *Ibid.*, p. 120.

¹⁷ En Juan A. Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 92.

¹⁸ Brantz Mayer, *op. cit.*, p. 75.

llos, de suerte que pronto la habitación queda lindamente perfumada sin costo alguno para la señora de la casa”.¹⁹ En una visita que realiza a la casa del conde de Regla, a Penny le sorprende que ningún criado lo acompañe hasta el cuarto donde se encontraba la condesa “vestida de trapillo, aunque era la una en punto”, en marcado contraste, con una de sus hijas, que estaba adornada con valiosas joyas..., pero con los dedos amarillos del humo de los cigarrillos, lo que hace que al autor le cambien los colores.²⁰

También a Calderón de la Barca le parece excesiva la duración de la visita, comenta que la más breve es por lo menos de una hora a lo que se añade el tiempo que puedan esperar a ser recibidos por los dueños de la casa. Y, asimismo, le sorprenden los contrastes en el arreglo personal de las señoras. Cuando —como esposa del embajador español— recibe la visita de las señoras de la sociedad mexicana y comenta que sus ojos apenas empezaban a acostumbrarse “...a la ostentación de brillantes y perlas, sedas, rasos, blondas y terciopelos, con los que las señoras nos han hecho su primera visita de etiqueta”,²¹ y describe con detalle los vestidos, las mantillas y las joyas espectaculares con las que se adornaban. Pero coincide plenamente con Penny en cuanto al atuendo matutino de la señora de la casa a la que se devolvía la visita:

...de acuerdo con nuestro punto de vista en estos casos, existe una gran diferencia entre la manera de engalanarse las señoras cuando van de visita y la deja-

dez de su indumentaria de casa y de mañana, con la cual reciben a sus visitantes. Habrá algunas excepciones, y aun muchas, pero *en masse*, así es...

Termina diciendo que este descuido en el atavío de la mañana es otro gran inconveniente para realzar su belleza, “Una mujer sin cotilla,* despeinada y con rebozo, necesita ser de verdad muy bonita, si quiere retener sus encantos”.²²

Según Henry Ward, entre las cinco y la siete de la tarde, era obligado el paseo para las clases acomodadas. La Alameda era uno de los lugares más visitados, y la describe como un hermoso lugar, con sus árboles, y fuentes, que cerraba sus puertas en la noche al toque de la Oración. Mayer comenta que la moda era ir ahí todas las tardes en coche o a caballo, excepto en Cuaresma

...y dar vueltas en torno de la cerca por los suaves caminos envueltos en la espesa sombra, hasta que tocan las campanas vespertinas, o ponerse en fila a un lado del paseo, mientras van y vienen los caballeros, o pasearse media hora diciendo naderías junto a la ventanilla del coche de alguna belleza de fama.²³

A diferencia de las mexicanas de clase alta que paseaban siempre en coche, para la marquesa no había:

... nada más agradable que caminar por la Alameda, que es tan hermosa y en donde se goza de una agradable sombra, y, sin embargo, me he paseado por ella

¹⁹ Juan A. Ortega y Medina, *op.cit.*, p. 99.

²⁰ *Ibid.*, p. 101.

²¹ Marquesa Calderón de la Barca, *op. cit.*, p. 62.

* Ajustador que usaban las mujeres, formado de lienzo o seda y de ballenas. DRAE.

²² *Ibid.*, pp. 72-73.

²³ Brantz Mayer, *op. cit.*, p. 67.

con frecuencia en las mañanas y sólo he encontrado a tres señoras a pie, y aun dos de ellas eran extranjeras. Después de todo, cada cual tiene sus pies; pero nada más las señoras tienen coches, y es quizás esta mezcla de indolencia la que no permite a las Doñas mexicanas profanar las suelas de sus zapatos con el contacto de la madre tierra.²⁴

La señora Calderón de la Barca nos habla de sus preferencias en cuanto a los otros lugares de recreo. Así, por ejemplo, en el Paseo de Bucareli había reuniones todas las tardes, pero sobre todo los domingos y días de fiesta, en donde:

...se pueden ver dos largas filas de carruajes llenos de señoras, multitud de caballeros montando a caballo entre el espacio que dejan los coches, soldados, de trecho en trecho, que cuidan el orden y una muchedumbre de gente del pueblo y de léperos, mezclados con algunos caballeros que pasean a pie.

Aunque este paseo le parece que tiene una hermosa vista de las montaña, ella prefiere el de La Viga, al que:

... bordea un canal, con árboles que le dan sombra, y que conduce a las chinampas y se ve siempre lleno de indios con sus embarcaciones, en las que traen fruta, flores y legumbres al mercado de México. Muy temprano en la mañana es un agradable espectáculo verlos como se deslizan en sus canoas, cubiertas con toldos de verdes ramas y flores.²⁵

Los mexicanos tenemos fama de ser hospitalarios, por lo que resultan curiosos los

comentarios de los viajeros sobre la falta de costumbre de invitar a comer o a cenar en las casas, así como las razones con las que justifican esa aparente descortesía. A este respecto, Ward, que estuvo en México en 1827, comenta:

En la capital, las fiestas nocturnas y las cenas formales, excepto en las grandes ocasiones, son igualmente desconocidas. Después del paseo que tiene lugar entre las cinco y las siete, todo mundo va al teatro, y después del teatro a la cama. Los mexicanos todavía no han adquirido la costumbre europea de reunirse con frecuencia en pequeños grupos para el fomento del trato social. Aceptan con placer las invitaciones de los extranjeros, pero no se pueden despojar de la idea de que, si ellos han de organizar algo, es necesario echar la casa por la ventana, lo cual hace que la repetición de fiestas de esta naturaleza resulte impracticable. Sólo en sus haciendas dan rienda suelta a la hospitalidad a la que están naturalmente inclinados.²⁶

Y Ward sabía bien lo que era ese “echar la casa por la ventana”. A pesar de no ser católico, invitó a los condes de Regla a ser padrinos de bautizo de su hija, lo que hacía de este acto algo excepcional, cuya explicación habría que buscar, quizá, en los intereses políticos y sociales que buscaban ambas partes, ya que como se dijo él era el encargado de negocios de su país. Los padrinos –nos cuenta– le pidieron que todos los arreglos se los dejara a ellos, y fueron los que se encargaron de que la ceremonia religiosa fuera espléndida, con cientos de velas, música y multitud de asistentes. El certificado de bautismo que

²⁴ Calderón de la Barca, *op. cit.*, p. 78.

²⁵ *Ibid.*, p. 79.

²⁶ Henry Ward, *op. cit.*, p. 716.

les dio el sacerdote oficiante estaba enmarcado en oro e impreso en seda con todos los nombres de la niña, a la que llamaron Frances, le agregaron Guadalupe en honor de la Virgen, y además Felipa de Jesús, por ser este el nombre del único santo mexicano. Al otro día, los condes ofrecieron una cena para veinte personas, y los regalos eran diamantes, que en caso de rechazar, se consideraba una ofensa.²⁷

Penny también se hace eco sobre lo escasas que son las invitaciones a comer en las casas de los mexicanos, aunque afirma que las reuniones que suelen celebrarse en las tardes, equivalentes a la hora del té inglés, se convierten en una tertulia que:

...aunque no tan pulida, resulta más amistosa y se adapta de modo perfecto al clima y a las costumbres de aquí [...] Uno se siente en ellas como si estuviera en casa y se le recibe como si se tratara de un conocido de años.²⁸

Brantz Mayer, observa y consigna que a los mexicanos les gusta más estar en la calle, aunque reconoce el error que suele producirse cuando se generaliza, sobre todo al referirse a las costumbres de una población tan grande y variada como la de esta ciudad, comentario que aprovecha para enaltecer a la clase media. Considera que no puede:

... sostener que los mexicanos son gente de hogar, como los alemanes, los ingleses y quizás también nosotros; pero es así mismo cierto que no les faltan esos gustos y reuniones sociales que hacen de las casas sitios de reunión predilecto. Verdad es que la gente de mundo dedi-

ca mucho tiempo a la misa matutina, al paseo de las tardes y al teatro; pero en una población de 200 000 habitantes no puede considerarse esto como una característica de todo el pueblo. [...] No debemos juzgar a toda una nación ni por la clase social más opulenta, que siempre es la más corrompida, engañosa e insustancial, ni tampoco por la clase ínfima, que es siempre la más viciosa. En las categorías medias de la vida, sobrias, pacientes, patrióticas, bien enseñadas, campean más a lo vivo las verdaderas virtudes, los rasgos más nobles de un pueblo; y aunque estos caracteres puedan hallarse también así entre las clases más altas como entre las más bajas, sólo en aquélla pueden buscarse con certidumbre de no errar.²⁹

Como lo hemos dicho ya, las clases sociales altas terminan el día con la asistencia al teatro, diversión a la que, durante su estancia en la capital, acuden también muchos viajeros. En 1827, a pocos años de terminada la guerra de independencia y cuando apenas se alcanzaba una cierta estabilidad política, Penny asiste a una función en el Coliseo Nuevo: el teatro le parece sucio, sin reparar y mal alumbrado y malísima la representación de las obras. Pero lo que más le llama la atención es la costumbre de fumar: "durante los entreactos el local se llena de humo, el lunetario y los palcos contribuyen al acrecentado volumen de la masa de humo".³⁰

En los años cuarenta, a Heller le sorprende también esta costumbre de fumar en el teatro: "Para el extranjero resulta muy extraño que se fume antes de la representación y durante ella, y las damas que

²⁷ *Ibid.*, p. 716.

²⁸ Juan A. Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 195.

²⁹ Brantz Mayer, *op. cit.*, pp. 73-74.

³⁰ Juan A. Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 111.

aparecen en todo su esplendor no son la excepción de esta costumbre”.³¹ A la marquesa, el teatro también le parece: “...oscuro, sucio y foco de malos olores”, y la actriz malísima, pero eso sí, nos dice: “Fumaba todo el patio, fumaban las galerías, fumaban los palcos y fumaba el apuntador de cuya concha salía una rizada espiral de humo, que daba a sus profecías un viso de oráculo delfico”.³²

La misa, las visitas matutinas, el paseo y el teatro, resumen, más o menos, las actividades cotidianas de las clases altas, aunque también existían otras formas de diversión. Una muy popular eran las corridas de toros. Para Mayer, era otro de los espectáculos que podría presenciar un visitante de la época, así como un golpe de estado o un temblor. Considera que es una diversión que familiariza a las masas con la muerte, más aún, que tiende a “...fomentar la pasión brutal por la sangre”,³³ lo que es un peligro para las clases sociales más bajas, que son las que asisten mayoritariamente, pues puede fomentar entre ellas las pasiones más depravadas, cuando son, precisamente, las gentes que necesitan una mayor instrucción moral.

Penny considera a las corridas de toros como la diversión nacional, y piensa que si se lograra despojarlas de su crueldad y riesgo serían un magnífico pasatiempo.³⁴ La señora Calderón de la Barca confiesa que la primera vez que asistió a una corrida de toros, si bien, al principio se cubrió la cara porque no se atrevía a mirar, poco a poco fue creciendo su interés, hasta que “...ya no pude apartar los ojos del espec-

táculo, y entiendo muy bien” –comenta– “el placer que encuentran en estas bárbaras diversiones los que están acostumbrados a ellas desde la infancia”.³⁵ Termina pensando que las corridas son como el pulque, al que, también, “...al principio le tuerce uno el gesto, y después se comienza a tomarle el gusto”.³⁶

Los extranjeros trataban y convivían principalmente con la que podríamos llamar la “aristocracia republicana”, pero consignan también las formas de divertirse de las otras clases sociales. En los arrabales de la ciudad, por ejemplo, hombres y mujeres podían acudir a los fandangos que se organizaban en las noches, en barrios como el de Santa Ana. En los expendios de pulque se tocaba la guitarra, se cantaba y los clientes pedían siempre más música. Como apunta Sartorius, uno de los coros decía: “¿Sabe que es pulque? ¡Licor divino! ¡Lo beben los ángeles en el sereno!”³⁷ Las pulquerías también eran un punto de reunión para los arrieros que cargaban buenas cantidades de dinero; incluso existía el dicho: “gastar dinero como arriero”. El gasto lo hacían en los mesones en que se hospedaban, en donde se organizaban jolgorios que podían terminar en riña después de ingerir mucho pulque y mezcal y, en ocasiones, con algún herido o muerto.

En cuanto a las festividades religiosas, a los viajeros les llama la atención la rara mezcla de lo divino con lo terrenal, y el especial colorido que tienen las ceremonias. Como es natural, la visita al santuario de la Virgen de Guadalupe es obligada por la devoción que tiene todo el pueblo a su patrona, y que se manifiesta espectacu-

³¹ Heller, *op. cit.*, p. 14.

³² Calderón de la Barca, *op. cit.*, p. 51.

³³ Brantz Mayer, *op. cit.*, p. 90.

³⁴ Juan A. Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 108.

³⁵ Calderón de la Barca, *op. cit.*, p. 59.

³⁶ *Ibid.*, p. 111.

³⁷ Sartorius, *op. cit.*, p. 208.

larmente en los festejos del 12 de diciembre. No hay autor que no se ocupe del tema. Algunos cuentan, más o menos abreviada, la historia de las apariciones, mientras que otros se extienden en la descripción de la iglesia o de la capilla del Pocito. Mayer afirma que no hay morada en México en donde no tengan colgada una copia del cuadro de la Virgen.³⁸ Heller describe la fe que tienen los mexicanos en su patrona y en sus milagros, pero con el escepticismo propio de un protestante, cuenta que en La Villa vio a un hombre con la pierna rota, que pedía se le curara sin cirugía, a lo que sarcásticamente comenta: “no pude confirmar si sanó, pues mientras estuve allí nada de ello sucedió”. Como científico, este autor dejó constancia de la temperatura del agua que brota cerca de la hermosa capilla del Pocito, a la que le encontró también un gusto semejante al agua de *Seltz*.³⁹

Las fiestas religiosas marcaban el calendario anual con sus grandes celebraciones, en las que participaban con gran alborozo todos los habitantes de la ciudad, y de algunas de estas ceremonias se ocupan también los viajeros escritores. Por citar un ejemplo, me basaré en la descripción que hace la señora Calderón de la Barca de la Semana Santa.⁴⁰ Inicia con el Domingo de Ramos y cuenta lo difícil que le fue abrirse camino a través de la multitud que llenaba la Catedral, y de cómo sólo a fuerza de paciencia y cambiando a cada rato de sitio logró llegar muy cerca del altar mayor, desde donde pudo observar un bosque de palmas “agitado por un viento suave..., y debajo de cada palma un indio

casi desnudo; indios cuyos harapos cuelgan con maravillosa pertinencia “... Desde ese día y durante toda la semana, se suspendían los negocios...”, “acuden los campesinos de todas partes, se cierran las tiendas y se abren las iglesias...”

Durante el Jueves Santo se cerraban las calles y los carruajes no transitaban, ocasión que aprovechaban las damas para lucir sus ricos vestidos. Las iglesias competían en el adorno de sus altares y estaban siempre repletas; como dice la marquesa:

...apenas disponíamos de tres minutos para permanecer arrodilladas ante cada altar, pues de otra manera nunca habríamos tenido tiempo para entrar siquiera a las innumerables iglesias que visitamos durante la noche.

El Viernes Santo, día de tristeza y humillación, el aspecto era muy distinto: todas las señoras vestían de negro, y las iglesias lucían lóbregas, después de las brillantes iluminaciones de la noche anterior. También se efectuaba una procesión solemne, de la que comenta el estupor que le produce observar a las señoras que desfilan con sus túnicas blondas y sus aretes de diamantes, y “ver a las pobres indias atravesar con su trote la plaza, las trenzas de su cabello negro entretejidas con un listón rojo y sucio y a la espalda un niño indio.” A la procesión acudía todo tipo de gente, y no podían faltar, entre otros, los puestos con las matracas y los judas que se quemarían el Sábado de Gloria, así como los que ofrecían toda clase de bebidas.

Terminaré con la descripción de la feria que se organizaba en el mes de mayo en San Agustín de las Cuevas, en lo que ahora conocemos como Tlalpan, y que en aquellos años no formaba parte de la ciudad.

³⁸ Brantz Mayer, *op. cit.*, p. 96.

³⁹ Heller, *op. cit.*, p. 149.

⁴⁰ Calderón de la Barca, *op. cit.*, pp. 96-102.

Allá se daba cita gran parte de la población de la capital, desde los mendigos, a algunos de los cuales Mayer reconoce, hasta las clases más pudientes.

Ward, que escribe en 1827, consigna que el lugar era de los favoritos de las clases altas, que tenían ahí residencias, que abandonaron durante la guerra de independencia, pero que habilitan para la feria, ya sea para rentarlas o para trasladarse a ellas durante esos días, como lo hace el marqués de Vivanco, con el que él se aloja. Más adelante, comenta: "...como la diversión es el único objeto de dicha feria, acude a ella cualquier criatura que pueda ahorrar, mendigar o pedir prestado un dólar para la ocasión". No es de extrañar que en los gallos y en las mesas de juego, que congregan tanto a la élite como a las clases más bajas de la sociedad, se ganen y pierden verdaderas fortunas. Y, de nuevo, Ward señala los marcados contrastes:

Mientras dura la feria, las calles y plazas están de día y noche, llenas de gente, que duerme a *la belle étoile* o busca refugio bajo los carruajes que abarrotan la plaza. En cambio, "entre las damas es de etiqueta cambiarse de vestido cuatro o cinco veces durante el día: para el paseo temprano antes del desayuno, de nuevo para el palenque, que se abre a las diez de la mañana, por tercera ocasión para la comida, una cuarta para el Calvario, donde generalmente se hace rueda para bailar y una quinta para el baile público, que comienza a las ocho de la noche y dura hasta las doce.⁴¹

En la ciudad había otros muchos motivos de fiesta, como las efemérides del calendario civil, entre las que se conmemoraba

la entrada de los ejércitos triunfantes, el onomástico del gobernante en turno y el aniversario de la independencia. Así, entre festejos, asonadas militares, cambios de gobierno, golpes de estado, de los que los habitantes se recuperaban pronto para continuar con su vida diaria, tan llena de color y movimiento, transcurría la vida en la ciudad de México. Una vida marcada, también, por las diferencias y la injusticia entre las clases sociales, a las que distinguía el color, la vestimenta, la ocupación y las prerrogativas, como desafortunadamente sucede todavía en la actualidad. Unas vidas muy distintas según el lugar que se ocupara en la sociedad, pero a las que, de acuerdo con las pinceladas que nos dejaron los viajeros, unificaba el gusto por vivir en esta ciudad que tenía fama de estar en la "región más transparente" ■

BIBLIOGRAFÍA

- Mayer, Brantz. *México lo que fue y lo que es*. Trad. de Francisco Delpiane. Pról. y notas de Juan A. Ortega y Medina. México, FCE, 1953.
- Calderón de la Barca, Madame. *La vida en México. Durante una residencia de dos años en ese país*. 2ª ed. Trad. y pról. de Felipe Teixidor. México, Porrúa, 1967.
- Guilliam M., Albert. *Viajes por México durante los años 1843 y 1844*. Trad., pról. y notas de Pablo García Cisneros. México, CONACULTA, 1996 (Mirada Viajera).
- Heller, Carl Bartholomaeus. *Viajes por México, en los años 1845-1848*. Trad. y nota preliminar de Elsa Cecilia Frost. México, Banco de México, 1987.
- Ortega y Medina, Juan A. *Zaguán abierto al México republicano (1829-1830)*. México, UNAM, 1987.

⁴¹ Henry Ward, *op. cit.*, pp. 484-485.

Sartorius, Carl Christian. *México hacia 1850*. Estudio preliminar, revisión y notas Brígida Von Mtz. México, CONACULTA, 1990.

Ward, Henry. *México en 1827*. Traducción Ricardo Haas. Estudio preliminar Maty F. de Sommer. México. FCE, 1981 (Biblioteca Americana).